

Una inscripción cristiana en Cascante

FRANCISCO JAVIER NAVARRO*

Una de las experiencias más gratificantes del trabajo de un historiador es siempre el hallazgo de una nueva fuente o documento que el azar había mantenido alejado de otras miradas. Este hecho se repite con frecuencia en todos los ámbitos de la Historia, pero donde, sin duda, tiene un especial valor, es en aquellos en los que las fuentes “habituales” son más bien escasas. Para los historiadores del mundo antiguo la aparición de nuevos documentos arqueológicos o epigráficos es siempre un hecho excepcional, del que uno nunca deja de sorprenderse, aunque los avances arqueológicos y la mayor preocupación por el patrimonio histórico de los últimos tiempos han hecho más frecuentes este tipo de “alegrías”.

Una situación similar es la que queremos reproducir con este artículo, en el que se presenta la primera inscripción cristiana hallada en tierras de Navarra¹. Se trata de una inscripción funeraria, de un personaje hasta ahora desconocido, y a la que hemos tenido acceso de una forma poco habitual. Es propiedad de un particular que nos dejó observar la inscripción en una primera instancia, no permitiéndonos posteriormente obtener ningún tipo de foto o realizar un examen más detallado. Por estas razones las medidas que se aportan son todas aproximadas, pero el texto está tomado con total fidelidad. Esta inscripción, según nos relató su dueño, apareció en una escombrera donde se abandona el material de construcción producido en Cascante; por lo que habría que señalar a esta ciudad romana como su lugar de procedencia.

La inscripción tendría aproximadamente un metro de altura, unos 60 cm. de ancho y unos 10 cm. de grosor; trabajada en mármol blanco. Toda la superficie anterior y buena parte de los laterales está totalmente pulida, pre-

* Universidad de Navarra.

1. Es sin duda la primera claramente cristiana por las fórmulas que usa. Es posible que la inscripción de Oborius (AE 1987, 619) fuera erigida en épocas tardías cuando ya se podía hablar, usando la terminología coetánea, de una *ecclesia triumphans*, pero su datación exacta es prácticamente imposible.

sentando un color marfil muy homogéneo. El lado posterior y unos pocos centímetros contiguos en los laterales se encuentran sin pulir, en bruto, con abundante rugosidad, preparado, sin duda, para ser empotrado en un monumento mayor que serviría de marco a la inscripción.

El epígrafe cuenta con cuatro líneas, la primera muy próxima al borde superior, quizás a unos quince centímetros, no destacándose el campo epigráfico del resto de la superficie. La altura de las letras es de unos cuatro centímetros, resaltando especialmente la L de *Nussalonius* que se prolonga debajo de la O. El espacio escrito tiene unos cuarenta centímetros de anchura por unos veinticinco de altura. El texto, muy breve, recoge un escueto

HIC QUIESCET (sic)
ARCEDIACO
NVSSALONIVS
IN PACE

Dos son los elementos básicos que componen esta inscripción: por un lado la fórmula *hic quiescet in pace*, que nos permitirá situar el contexto histórico de este monumento y, por otro lado, el nombre del personaje cuyos restos guardaba el monumento al que estaba fijado el epígrafe.

La epigrafía funeraria de época tardoantigua en la península ibérica ha sido dividida frecuentemente en dos grandes ámbitos que se mostraron muy homogéneos en el uso de determinadas fórmulas o expresiones. Tales variaciones han permitido crear una tipología, muy útil a la hora de fechar los textos epigráficos. La zona llamada occidental, que comprendería, *grosso modo*, las provincias de la Bética, Lusitania, *Gallaecia* y algo de la Meseta central, se caracterizó por el uso frecuente de la era hispánica para datar las inscripciones y, desde mediados del siglo V, de la expresión *famulus Dei* o *Christi* para mencionar al difunto². La región oriental, que comprendería lo restante de la península, a saber: la Tarraconense y buena parte de la Cartaginense, se caracterizó por el nulo uso de la era hispánica, prefiriéndose sobre ella la datación consular, y por la presencia de una gran variedad de fórmulas, entre las que tuvo especial preponderancia la de *hic requiescit* o *hic quiescit*, en diversas combinaciones, desconociéndose la expresión *famulus Dei*³.

La inscripción aquí estudiada es muy sencilla en sus expresiones, y esa pobreza destaca aún más en comparación con otros modelos o paralelos más ricos que se encuentran repartidos por la superficie de la llamada Hispania oriental⁴. Pero a pesar de estos condicionantes los escasos datos tipológicos nos permiten aseverar que la inscripción aquí tratada podría ser de finales del

2. Hasta ese momento la epigrafía funeraria cristiana se había distinguido escasamente de la pagana, pues solía tener sus mismos usos, prescindiendo de aquellos elementos más paganizantes como el *D(iis) M(anibus)* o el *s(it) t(ibi) t(erra) l(evis)*, y sólo ya entrado el siglo V comenzó a recoger fórmulas como *recessit*, *receptus*, seguidas o no del *in pace*. J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España Romana y Visigoda* (=ICERV), Barcelona, 1969, p. 8.

3. ICERV, p. 9.

4. Es especialmente significativo el mosaico funerario, igualmente cristiano, encontrado en Alfoja (La Rioja), a muy pocos kilómetros de Cascante, dedicado a un tal Ursicinus por su mujer Melete, que contiene el siguiente texto: *Ursicinus in pace dormit | recessit anno(rum) XXXXVII remisit filiam an(norum) VIII uxor fecit Melete*, en un crismon se halla la expresión per nomen | Dei (ICERV n.º 258).

siglo V o de principios del VI⁵, pues fue en este período cuando dicha fórmula debió de tener su mayor difusión. Si a esta argumentación le añadimos los datos provenientes de la paleografía, que se muestra muy nítida en el trazo de la N y, en especial, en el de la L de Nussalonius, y que pertenecería claramente a la segunda mitad del siglo V⁶, no vemos mayor obstáculo para señalar que la inscripción aquí tratada podría haber sido erigida en el período señalado, y más especialmente a finales del siglo V⁷.

Quizá sea el aspecto onomástico el más atractivo que presenta esta inscripción. Un vistazo a los compendios onomásticos que analizan los nombres de la Hispania romana y prerromana bastará para observar que no existe ningún paralelo al aquí presentado. Sin embargo el nombre se adecua perfectamente a los usos de la época.

La evolución general de la onomástica latina ha sido descrita como un proceso circular por el cual desde el nombre único de la primitiva Roma indoeuropea se pasó a los *duo nomina*, especialmente un *praenomen* y un *nomen*, para, ya desde época tardorepublicana, adquirir el clásico *tria nomina* que junto con la filiación y la mención de la tribu, constituían los elementos distintivos del *civis romanus*. A partir de época imperial, y casi siempre por modas iniciadas desde los escalones más bajos de la sociedad, el *praenomen* fue perdiendo, en el seno de las familias, su carácter distintivo ya que todos los hijos recibían el de su padre. A este proceso se sumaron pronto los gentilicios, sobre todo a partir de la gran difusión de los *nomina* imperiales (entre ellos el de *Aurelius* a partir del 212) que, a fuerza de ser altamente usados, perdieron todo carácter diferenciador. A partir de Constantino se cierra el proceso con el abandono de los *nomina* y la extensión del *cognomen*, mucho más versátil y flexible que el *nomen*, como único elemento onomástico. Esta evolución se muestra claramente si atendemos a que en la epigrafía de Roma, antes del 313, el 15-16% de la onomástica personal presentaba sólo *cognomina*; pero a partir de esta fecha el 80,5% de la mujeres y el 82,5% de los hombres se inclinaron por los nuevos usos, excluyendo los gentilicios de sus grupos onomásticos, y empleando un único *cognomen*⁸.

Dicha evolución se confirma en épocas posteriores convirtiéndose en un uso frecuente de la Roma cristiana⁹. La extensión del nombre único, formado por uno o varios *cognomina*, fue especialmente popular en las provincias. La nueva sensibilidad introdujo alteraciones como los *cognomina* terminados

5. Las primeras inscripciones funerarias que usan la fórmula *hic requievit* o *requiescet* fueron encontradas en una necrópolis romano-cristiana a las afueras de Tarragona. La datación oscila entre el año 455 (ICERV n.º 191) y el 459 (ICERV n.º 192). Una de las últimas inscripciones datadas con esta fórmula fue erigida en el año 582/591?, pero con unas líneas ornamentales que la hacen aparecer especialmente como tardía y distinta a la aquí estudiada (cfr. ICERV n.º 195).

6. A.E. GORDON, *Album of Dated Latin Inscriptions*, III, Los Ángeles, 1965, pp. 175-179.

7. El cambio vocálico que presenta el verbo, la alteración de *quiescet* por *quiescit*, no supone ninguna novedad, ya que en el latín vulgar era normal este tipo de confusiones.

8. I. KAJANTO, "The Emergence of the Late Single Name System", *La onomastique Latine, Colloques Internationaux du CNRS*, Paris, 13-15 octubre 1975, Paris 1977, 421-430.

9. Cfr. CIL VI 9920 en el que se recoge un edicto del 402-408 referido al *corpus Tabernariorum* de la Urbe, en el que todos los personajes son mencionados con nombres simples, sólo con sus *cognomina*. Esta inscripción tiene de particular que los documentos oficiales emplean el nombre completo de los referidos.

en *-ius/-ia* y modas que no obligaban al uso exclusivo de nombres cristianos, sino que posibilitaban una gran libertad y creatividad; así se explica que la onomástica tardoantigua muestre un escaso uso de nombres típicamente cristianos: el 10% en Roma y el 20% en Cartago¹⁰. El nombre de *Arcediaco Nussalonius*, compuesto evidentemente de dos *cognomina*, podría considerarse pues en consonancia con esta evolución.

En lo que atañe al posible origen de estos nombres, no estamos en condiciones de afirmar la pervivencia ininterrumpida de elementos célticos o ibéricos desde los albores de la Hispania romana hasta la época tardía en que se erigió esta inscripción. Como es bien sabido, la península ibérica fue sometida a una intensa romanización, y los elementos prerromanos, tan abundantes en la época de la conquista, comenzaron a escasear a partir del siglo II d.C. y siempre quedaron reducidos a zonas marginales. No creemos que en Cascante, *civitas* que gozaba de un espléndido estatuto de *municipium latinum vetus*¹¹, pudieran existir elementos no romanizados que al cabo de los siglos presentasen nombres tan extraños como los de *Arcediaco Nussalonius*. Por otro lado, el soporte material de la inscripción, mármol de buena calidad, en un territorio en donde no abunda este material y en donde apenas es usado para la epigrafía, habla más bien de la buena situación económica del difunto; lo que haría muy extraño que este individuo perteneciera a algún grupo marginal. Creo que nos encontramos ante un hecho fácilmente explicable por los usos y modas de la época, que reaccionaban ante la inflexibilidad de los *tria nomina*, y buscaban en nuevas fórmulas onomásticas, que muchas veces sonaban a antiguo, una libertad que hasta entonces había sido muy parcial¹².

Como señalábamos un poco más arriba, no existe en la onomástica personal hispánica ningún paralelo exacto, ya que se trata de dos nombres realmente nuevos; pero ambos contienen elementos que los emparentan con formas y usos muy típicos de la península ibérica, especialmente *Arcediaco*¹³. Es de todos sabido que los nombres ibéricos tendían a estar compuestos por dos elementos, normalmente bisílabos, aunque, a veces, uno de ellos podía ser monosílabo, tal y como puede observarse entre los jinetes que componían la *Turma Salluitana* recogida en el bronce de Ascoli¹⁴. Pero este esquema no quedó reservado para el área estrictamente ibérica, sino que se repetía frecuentemente entre los nombres indoeuropeos. Teniendo esto es cuenta, podría pensarse que este *cognomen* estaría formado por un elemento inicial *Arce-* seguido de *-diaco*. Para el primer elemento poseemos muchísimos testimonios entre la onomástica indígena, sobre todo de ca-

10. H.-I. MARROU, "L'onomastique chrétienne", *La onomastique Latine, Colloques Internationaux du CNRS*, Paris, 13-15 octobre 1975, Paris 1977, 431-435.

11. Plin., N.H.III.24.

12. Existen abundantes paralelos de este tipo de nombres tardoantiguos que recuerdan formas célticas o ibéricas: así *Dovidena* (ICERV nº 3), *Bracarius* (ICERV nº 18), *Cantonius* (ICERV nº 27), *Eburinus* (ICERV nº 129), *Maurusius* (ICERV nº 133), *Cattosa* (ICERV nº 144), *Segenis* (ICERV nº 182).

13. J.M. ABASCAL PALAZÓN, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, 1994.

14. Por ejemplo *Sanibelser* y *Estopeles* entre los de *Salluie*; *Suisetarten* entre los *ilerdenses*; *Sosinanden* y *Sosinasa* entre los *Segienses*, etc. (ILS 8888).

rácter indoeuropeo¹⁵; mientras que para el segundo elemento, apenas podemos encontrar paralelismos, aunque la terminación *-ico* recuerda la onomástica indígena¹⁶.

El segundo *cognomen* *-Nussalonius-* es tan opaco como el primero, pues tampoco se encuentran otros paralelos ni en la península ibérica ni en todo el ámbito del Mediterráneo¹⁷, de ahí que sólo podemos conjeturar todo lo referente a su formación. En principio podríamos aplicarle los mismos criterios generales que a *Arcediaco*, pues parece formado por dos elementos bisílabos. Existe un *Nusa* en la península ibérica¹⁸ y otro en Roma¹⁹, y es relativamente frecuente en las lenguas celtas el sufijo *-s-*, con o sin geminación, con una vocal ante el sufijo²⁰. Pero al posible segundo elemento *-lonius* no le hemos podido encontrar ni un paralelo ni una explicación. Otra posibilidad muy distinta podría ser la de que no fuera un nombre de reminiscencias indígenas, sino más bien un compuesto de *Salonius*, pues este *cognomen* está atestado en época tardoantigua, en fechas próximas a las aquí mencionadas²¹.

Todas estas conjeturas no son, ni mucho menos, definitivas: son, más bien, la consecuencia de una inseguridad derivada del uso de unos *cognomina* extraños, poco comunes, en los que no se percibe claramente sus elementos constitutivos. Podríamos elucubrar mucho más sobre los motivos que llevaron a la imposición de este nombre, pero seguiríamos sin tener ninguna seguridad; pues hay que advertir que la onomástica tiene sus reglas, y que con frecuencia, por efecto de las modas, caprichos u oscuros motivos, no se atiene a ninguna de ellas, pudiendo producirse casos especiales, como sin duda lo son los aquí estudiados. No cabe duda de que en la misma situación se encontraría el nombre de *Oborius*, otro *hapax* que figura en el epígrafe posiblemente cristiano de Gallipienzo y de nombre igualmente original²². En definitiva, esta inscripción es la primera claramente cristiana de Navarra y proporciona un nuevo conjunto onomástico a sumar a la larga serie de nombres con que ya cuenta esta región.

15. Esta raíz está muy presente especialmente en Arco; existe varios Arcea, Arcelti, Arci, Arcisus, Arcius. A su vez la raíz Arg- está también muy extendida, se le encuentra en Argea, Argentilus, Argentinus, Argi, etc. que pueden proceder del ide. *arg- 'blanco', 'brillante', muy abundante también entre las lenguas indoeuropeas históricas: M.L. ALBERTOS FIRMAT, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Madrid, 1966, p. 268 y J. UNTERMANN, *Elementos de atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid, 1965, p. 58.

16. J. de HOZ, "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica", *Unidad y pluralidad en el Mundo antiguo, Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Sevilla 6-11 de abril de 1981, Madrid, 351-396.

17. H. SOLIN et O. SALOMIES, *Repertorium nominum gentilium et cognominum Latinorum*, Olms, 1988.

18. CIL II 596, hallado en Mérida.

19. CIL VI 6023.

20. M.L. ALBERTOS FIRMAT, ob. cit., p. 286.

21. J.R. MARTINDALE, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, II A.D. 395-527, Cambridge, 1980, p. 973.

22. C. CASTILLO, "Onomástica personal de las inscripciones romanas de Navarra", *Cuadernos de Arqueología. Universidad de Navarra*, 5, 1977, 127-144.

RESUMEN

El presente artículo recoge el primer epígrafe cristiano aparecido en lo que hoy es la Comunidad Foral de Navarra. Se trata de una sencilla inscripción grabada sobre un bloque de mármol blanco que, por razones paleográficas y según el tipo de fórmula que emplea, puede ser fechada en la segunda mitad del siglo V d.C. El breve texto contiene la expresión *hic quiescet in pace* -típica de los textos funerarios del período arriba señalado en la parte oriental de la península ibérica- y el nombre del difunto Arcediacus Nussalonius, nombre que, aunque sin precedentes en la Hispania Antigua, deriva de raíces bien conocidas y presentes en la zona indoeuropea de la península y está en consonancia con los modelos onomásticos de la Tardo Antigüedad.

ABSTRACT

The article reports on the first Christian epitaph discovered in what is today the province of Navarre, Spain. The simple inscription is carefully engraved on a marble block and is considered to be from the first half of the 5th century on the basis of both its paleography and the formulas employed. The brief text, along with the expression *hic quiescet in pace* typical of texts from the above-mentioned period found in the eastern half of the Iberian peninsula- includes the name of the deceased Arcediacus Nussalonius, a name which, although unprecedented in ancient Hispania, is derived from roots quite common in the entire Indoeuropean zone of the peninsula and is in keeping with the onomastic forms of Late Antiquity.